

En el umbral de la revolución

León Trotsky
13 de marzo de 1917

(Versión al castellano desde “Sur le seuil de la révolution”, en *La guerre et la révolution*, Edition Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 283-285. Publicado en *Novy Mir* el 13 de marzo de 1917.)

Las calles de Petrogrado hablan de nuevo el lenguaje de 1905. Como en tiempos de la guerra ruso-japonesa, los trabajadores reclaman pan, paz y libertad. Como en 1905, los tranvías no funcionan y los diarios no salen. El gobierno envía a sus cosacos. Y de nuevo se puede ver en las calles de la capital a estas dos fuerzas: los obreros revolucionarios y las tropas zaristas.

La falta de pan ha provocado el movimiento. Evidentemente éste no es un motivo fortuito. En todos los países beligerantes las restricciones de productos alimentarios son la causa del descontento de las masas. Toda la demencia de la guerra queda iluminada por este hecho brutal: sólo se produce lo que es indispensable para la vida porque hay que fabricar ingenios de muerte.

Las explicaciones dadas por las agencias telegráficas anglorusas intentan rebajar el asunto al nivel de una simple falta de pan momentánea y a las nevadas, señalando así la estupidez de esta política del avestruz que oculta la cabeza bajo el suelo cuando se aproxima el peligro. Los trabajadores no se echan a la calle para enfrentarse a los cosacos por simples nevadas que, a veces, causan dificultades de abastecimiento.

Mucha gente tiene la memoria corta y numerosas personas de entre esa gente (incluso en nuestros propios círculos) han olvidado que Rusia se vio sorprendida por la guerra en plena fermentación revolucionaria. Tras la dura represión de 1908-1911 los proletarios curaron sus heridas y los disparos sobre los huelguistas en el Lena han despertado la energía revolucionaria de las masas. Comenzó la oleada de huelgas y durante el año precedente a la guerra, la oleada huelguística alcanzó una amplitud solamente conocida en 1905. En el verano de 1914, cuando Poincaré visitó al zar (seguramente para ponerse de acuerdo sobre el medio de salvar a las pequeñas naciones), el presidente francés pudo ver con sus propios ojos, en las calles de la capital de su amigo, las primeras barricadas de la segunda revolución rusa.

La guerra rompió ese oleaje revolucionario. Se repitió lo que pasó durante la guerra ruso-japonesa. Tras las huelgas tumultuosas de 1903, observamos durante el primer año de la guerra un apaciguamiento político casi total: los trabajadores petersburgueses necesitaron doce meses para recuperarse y lanzarse a las calles. Esto se produjo el 9 de enero de 1905, cuando comenzó nuestra primera revolución, por decirlo así.

La guerra actual es bastante más grandiosa que el conflicto ruso-japonés. Al movilizar a millones de trabajadores, el zarismo no solamente ha roto las filas de las masas proletarias, sino que les ha planteado a las capas más evolucionadas interrogantes de la mayor importancia. ¿Por qué la guerra? ¿Cuál debe ser la táctica de la clase obrera durante la guerra? El zarismo y sus aliados, las esferas noble y capitalista, han desvelado durante la guerra su incapacidad para resolver los problemas de producción

creados por la guerra. La miseria de las masas crece (la miseria inevitable de la guerra) multiplicada por la criminal incapacidad del zarismo “rasputiniano”.

En las capas más atrasadas, que puede que nunca hayan escuchado hablar de agitación revolucionaria, los acontecimientos han hecho penetrar un profundo sentimiento de odio contra las clases dirigentes. Al mismo tiempo, la capa evolucionada de los trabajadores ha comenzado elaborando un proceso de crítica de los acontecimientos. El proletariado socialista se ha recuperado del golpe asestado por la quiebra de la internacional y ha entendido que la nueva era exige el endurecimiento de la lucha. Lo que se está desarrollando en Petrogrado y Moscú es el resultado de ese trabajo interno de preparación.

El poder está desorganizado, comprometido y desgarrado. El ejército está dislocado. Las clases dirigentes están descontentas, ya no creen y tienen miedo. El proletariado se forja al fuego de los acontecimientos. Todo nos da derecho a decir que somos testigos de los inicios de la Segunda Revolución Rusa. Confiamos en que muchos de nosotros participemos en ella.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es